



PABLO AZOCAR Y SU NOVELA "EL SEÑOR QUE APARECE DE ESPALDAS"

El nuevo maestro del suspenso

por Lina Meruane

Haber nacido con tanta prematura durante un viaje en tren al sur no podía ser resultado exclusivo del azar. Durante ese traslado, su madre comenzó con contracciones, el vagón se detuvo en la estación ferroviaria de San Fernando y el arrebatado niño, tercero de cinco hermanos, hizo arribó al mundo con propiedad de artista.

El pequeño zúdo pronto revelaría señas de inquieto y sensible, además de desordenado, insomne, y algo tartamudo. Ya adolescente, ese talentoso líder de curso, dibujante aficionado, poeta incipiente y autor de un borrador de novela inspirado en *Martín Rivas* ("me da piedad pensar en ese texto, pero me encantaría poder recuperarlo"), era, además, un prodigioso aprendiz del Conservatorio: a los 11 años se hacía tocando flauta travesa ante su parentela.

Entonces vino la crisis de insubordinación, una ruptura potente. "A los 13 años me fui para adentro", recuerda. "Me comió la timidez. Hubo un quiebre, un accidente grave. Parece que el shock emocional fue muy fuerte". Se recuperó, pero se puso aún más tartamudo.

"Yo, que era el artista de la familia, entre comillas, me rebelé contra mi padre y todo eso... El era un tipo brutalmente exigente. Le gustaba mucho la música, era un gran melómano y me la imponía... Pero también, quiero aclararlo, era una gran persona".

Así Azócar, que tendía a la pereza, dejó sus siete años de estudios musicales y se puso más flojo. Tras severas advertencias, fue sacado del colegio San Gabriel. Empezó a deambular por liceos, por la vida en general, algo desorientado y se transformó definitivamente en un joven voluble con afanes de escapista.

"Siempre fui muy estimulado", asegura, "pero eso fue para bien y para mal... Mi padre, mis amigos, la gente que estaba cerca, me criticaban: 'Tú quieres dibujar, tú quieres pintar, hacer música, escribir. Quieres todo, y al final lo vas a hacer todo mal'. Pero yo era alguien que se estaba buscando".

La opción literaria se produjo "un poco por desquite... Siempre leí mucho y muy caóticamente, además. Empecé a escribir de manera intuitiva. La pintura había quedado atrás. Ya era tarde para convertirse en músico de vanguardia. Sin duda que soy un músico frustrado. Haberla abandonado fue una soberana estupidez", reconoce hoy. "Sentía que tenía que expresar ciertas cosas aunque no tenía claro cómo. Mi espacio natural y primario fue la poesía. Y fui poeta hasta los 25 años. Pero tampoco tuve el coraje para poeta...".

—¿Se necesita coraje para serlo?

—Sí, porque la poesía es superior a la narrativa. Ser poeta es un salto de mayor profundidad. Tiene mayor riesgo. Y esto no es un mito. Es así. Requiere estar muy involucrado, requiere una entrega total, asumir una gran soledad. No fue fácil. Me costó mucho llegar a la narrativa, aunque la mía es, de todas maneras, muy lírica. Pero creo que optar por ella fue un ejercicio de

modestia, conocer los propios límites. Me hice narrador por astucia, como decía Sherwood Anderson. Soy un poeta disfrazado de escritor.

Infinitas ventanas hacia el mundo

Con esos afanes en mente, en 1977, Pablo Azócar entró a periodismo. Pensaba que estudiando literatura no iba a "estar en las cosas" y quizá tenía razón. Porque entonces comenzó a estar en ellas: en el Pedagógico de la Universidad de Chile se radicalizó políticamente hacia la izquierda. "Hasta entonces yo había sido un niño perplejo, medio hijo de mi papá que era, más bien, de centro. Si de algo me sirvió la universidad, que era pésima en esos años de dictadura, es que me abrió infinitas ventanas hacia el mundo. Me transformé entero esa atmósfera de contestación. No estaba aislado en la rebeldía, había gente buscando cosas que no fueran el dinero, porque ese era el período del primer y además apócrifo boom chileno, antes de que se desmoronara todo".

"Creo que estudiar periodismo fue una buena decisión, me permitió moverme. Apuré el egreso y me fui de Chile con tres pesos en el bolsillo. En esos años yo era un adolescente muy atarantado", recuerda Azócar. "No asumía nada. Me odiaba mucho a mí mismo, odiaba mucho al país, odiaba la bandera, odiaba hasta la selección chilena de fútbol; y eso que me encanta el fútbol. Me fui queriendo negarme, con el título nominal de 'corresponsal en viaje' de la revista *Hoy*; me fui como en acto de fuga".

Sin habérselo propuesto, Pablo fue estableciendo una ética de año y medio en cada lugar. Su primer destino fue Estados Unidos, país que recorrió íntegramente premanido de "un bolso así" —sus manos dibujan un bulto pequeño— con ropa y enseres, y con una maleta enorme llena de libros: "Como todavía no manejaba bien el inglés, me aterrorizaba quedarme sin lectura. Sentía que si se me acababan los libros iba a quedarme solo. Y se me perdieron todos. La maleta se me quedó en una estación".

Europa vino entonces, y luego el norte de África. Pablo viajó caóticamente, haciendo miles de trabajos eventuales para poder sobrevivir. De vendedor viajero. De desmolidor de pollos, rompiéndose las manos al quitar los interiores a las gallinas. Como asistente de investigación de un cura jesuita. Embarcado como marino ilegal... Llegando muy al límite de sí mismo. De pronto, pasando hambrunas. "Eran todos arrebatos por buscar la totalidad... Hoy miro ese período con asombro, con piedad sobre todo. Yo era un tipo titulado de periodista, pero lo detestaba. Sólo había ejercido a regañadientes".

Había partido pensando que se iría para siempre, pero en 1983 regresó a Chile porque su padre, que nunca se había subido a un avión, había muerto en un accidente aéreo. Después de eso dedicaría la vida a recorrer aeropuertos con distintos destinos.

Pronto partió de nuevo. Esta vez a una beca para periodistas que le permitiera vivir en París, trasladarse permanentemente por toda Europa, y, de paso, reconciliarse con su oficio de reportero. Cuando volvió a Chile, por un año en 1986, se incorporó al proyecto *Ayud*. "De donde provienen casi todos mis amigos chilenos". En Roma, la temporada siguiente, trabajó en una agencia político-cultural. Y otra vez, solitario y nómada, partió como volante a Centroamérica. Había un golpe de Esta-



El nuevo maestro del suspenso [artículo] Lina Meruane.

Libros y documentos

AUTORÍA

Azócar, Pablo, 1959-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El nuevo maestro del suspenso [artículo] Lina Meruane. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile